



Lili
García

y la carta olvidada



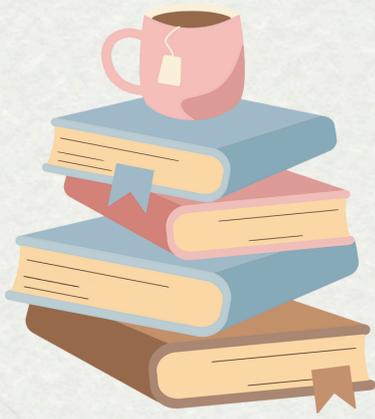
Mi nombre es Lidia García Romero, pero todo el mundo me conoce como Lili. Es como me llama mi hermano desde el día en el que fue capaz de hablar; a mis padres les hizo gracia, y con Lili me quedé.

Tengo treinta y cinco años y trabajo en una encantadora biblioteca ubicada en un pueblecito muy pintoresco llamado

Cubas de la Sagra.

Sé lo que estás pensando ahora mismo "qué trabajo más aburrido". Pues tengo que decirte que no puedes estar más equivocado, y te lo pienso demostrar.





En el poco tiempo que llevo trabajando aquí, me ha ocurrido ya de todo. Por ejemplo, hace un mes. Hace un mes tuve un misterio que desentrañar.

Estaba a punto de cerrar la biblioteca, de dejar atrás ese aroma a papel envejecido que tanto me gusta, cuando vi que alguien había dejado un libro sobre una mesa. De entre sus páginas sobresalía algo... una carta. Con letra pulcra y redonda, podía leerse:

También me di cuenta de una cosa: ese no era un libro de la biblioteca. ¿Quién lo habría dejado allí?



Lo abrí por las primeras páginas, a ver si estaba escrito el nombre del dueño o la dueña. Lo único que averigüé fue que, quien fuera, era fan de Agatha Christie. No solo porque el libro era un título de la autora, sino porque estaba lleno de marcadores.

Curiosa, volví a mi mesa con la novela y la carta e hice algo que no tendría que haber hecho... la abrí.



Gruesas lágrimas recorrían mis mejillas conmovida tan bellas palabras. Era la carta de amor más hermosa que jamás había leído y estaba firmada por... ¡No había firma! ¿Quién sería el dueño del libro? ¿Quién había escrito tan hermosas palabras y a quién iban dirigidas?

No tardaría mucho en descubrirlo.

Al día siguiente, no habían pasado ni cinco minutos de que hubiese abierto la puerta cuando María, una adolescente del pueblo que formaba parte de mi club de lectura, entró muy agitada y fue directa a la mesa en la que yo había encontrado un libro y un secreto.



Muy nerviosa, vino hasta mi puesto y me preguntó si había visto un libro sobre esa mesa. Sonriente, al haber descubierto uno de los misterios –quién era la dueña–, saqué el libro junto con la carta del cajón en el que lo había guardado y se lo di. Sin embargo, en unos segundos, todo aquello daría un giro inesperado. Por la puerta entró Claudia, otra adolescente del pueblo y muy amiga de la primera.



–¡Lo he encontrado! Ya te dije que debiste dejarlo olvidado aquí –dijo María, quien se acercó a Claudia con una sonrisa radiante y la carta de amor oculta a su espalda.

–¡Menos mal! Es mi libro favorito. Si no llego a encontrarlo... Eres mi heroína –contestó Claudia, dando un abrazo efusivo a su amiga, quien se puso

colorada como un tomate y arrugó la carta que seguía ocultando a su espalda—. Vamos, te invito a una Coca-Cola. ¡Hasta luego, Lili!

María también se despidió y tiró la carta a la papelerera que había en la salida.



Vaya, vaya. Quién lo iba a decir.

Me acerqué al cubo de basura y rescaté aquella confesión de amor. Quizás algún día María se animara a declararse de nuevo, y era una lástima que aquellas hermosas palabras se perdieran.

La guardé en mi cajón de cosas importantes. Porque...

